

EL CANTO ADÁMICO



Fué esto en una tarde bíblica, ante la gloria de las torres de la ciudad que reposaban sobre el cielo como doradas espigas gigantes, surgiendo de la verdura que viste y borda al río. Tomé las «Hojas de yerba»—*Leaves of grass*,—de Walt Whitman, este hombre americano, enorme embrión de un poeta secular, de quien Roberto Luis Stevenson dice que como un perro lanudo, recién desencadenado, recorría las playas del mundo ladrando a la luna; tomé esas hojas y traduje algunas a mi amigo, ante el esplendor silencioso de la ciudad dorada.

Y mi amigo me dijo: Qué efecto tan extraño causan esas enumeraciones de hombres y de tierras, de naciones, de cosas, de plantas... ¿Es eso poesía?

Y yo le dije: Cuando la lírica se sublima y espiritualiza acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos. La primera estrofa del dúo eterno del amor, puede ser el «te quiero, te quiero mucho, te quiero con toda el alma»; pero la última estrofa, la del desmayo, no es más que estas dos palabras: ¡Romeo! ¡Julietta! ¡Romeo! ¡Julietta! El suspiro más hondo del amor es repetir el nombre del ser amado, paladearlo haciéndose miel la boca. Y mira al niño. Jamás olvidaré una escena inmortal que Dios me puso una mañana ante los ojos, y fué que ví tres niños cogidos de las manos, delante de un caballo, cantando enajenados de júbilo no más que estas palabras: ¡un caballo! ¡un caballo! ¡un caballo! Estaban creando la palabra según la repetían; su canto era un canto genesiaco.

¿Cómo empezó la lírica?—preguntó mi amigo:—¿cuál fué el primer canto?

Vamos á la leyenda—le dije,—y oye lo que dice el «Génesis» en su segundo capítulo, cuando dice: «Formó, pues, Dios de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos y trájolas á Adán para que viese cómo las había de llamar, y todo lo que Adán llamó á los animales vivientes, ese es su nombre. Y puso Adán nombres á toda bestia y ave de los cielos, y á todo animal del campo; mas para Adán no halló ayuda que estuviere delante de él.» Este fué el primer canto, el canto de poner nombre á las bestias, extasiándose ante ellas Adán, en el alba de la humanidad.

¡Poner nombre! Poner nombre á una cosa es, en cierto modo, adueñarse espiritualmente de ella. Este mismo Walt Whitman, cuyas «Hojas de yerba» aquí tenemos, al decir en su «Canto á la puesta del sol» estas palabras: «Respirar el aire, ¡qué delicioso! ¡Hablar pa-



sear! ¡coger algo con la mano!, pudo añadir: Dar nombre á las cosas, ¡qué milagro portentoso!

Al nombrar Adán á las bestias y aves, se adueñó de ellas, y mira cómo el Salmo octavo después de cantar que Dios hizo que el hombre se enseñorease de las obras de las divinas manos, que la pusieron todo bajo los pies, ovejas y bueyes y asimismo las bestias del campo y las aves de los cielos y los peces del mar y todo cuanto pasa por los senderos de éste, acaba diciendo: «Oh Jahvé, Señor Nuestro, ¡cuán grande es tu nombre en toda la tierra!» Habla de la grandeza de ese nombre que millones de lenguas de hombres piden día á día que sea santificado. Si supiéramos dar nombre adecuado, nombre poético, nombre creativo á Dios, en él se colmaría como en flor eterna toda la lírica.

En el Génesis también y en los versículos 24 á 30 de su capítulo XXXII se nos cuenta cómo al pasar Jacob el vado de Jaboc cuando iba en busca de Esau, su hermano, se quedó á hacer noche solo y luchó hasta rayar el alba con un desconocido, con un ángel de Dios ó con Dios mismo, y lleno de angustia le preguntaba por su nombre, cómo se llamaba. En aquellos tiempos aurorales, declarar un viviente su nombre era declarar su esencia. Su nombre es lo primero que nos dan los héroes homéricos.

Y estos nombres no eran dichos, eran cantados en un empuje de entusiasmo y de adoración. Y tengo por indudable, lector, que el himno que más adentro del corazón se te ha metido fué cuando viste tu propio nombre, tu nombre de pila, el doméstico, desnudo y puro, suspirado en la penumbra. Es la corona de la lírica.

La forma de letanía es acaso la más exquisita que las explosiones líricas nos ofrecen; un nombre repetido en rosario y engarzado cada vez en epítetos vivos que lo realizan. Y entre éstos hay el epíteto sagrado.

En los poemas homéricos brillan los epítetos sagrados; cada héroe lleva el suyo. Aquiles, el de los pies veloces; Hector, el agita peenachos. Y en todo tiempo y lugar, cuando alguien encuentra el epíteto sagrado que casa poéticamente con un hombre, todos lo adoptan y todos lo repiten. Y lo que sucede con los hombres sucede con los animales y con las cosas y las ideas. La astuta zorra, el perro fiel, el noble corcel, el paciente burro, el tarde buey, la arisca cabra, la mansa oveja, la tímida liebre... y los designios de la Providencia ¡pueden ser otra cosa que inexcrutables!

Cantar, pues, el nombre, realizándolo con el epíteto sagrado, es la exaltación reflexiva de la lírica, y la exaltación irreflexiva, la suprema, es cantarlo solo y desnudo, sin epíteto alguno, es repetirlo una y otra y otra vez como sumergiendo el alma en su contenido ideal y empanándose en él, sin añadido.

No me sorprende—le dije á mi amigo—que te produzcan extraño efecto estas enumeracio-





nea, y te confieso que pueden ellas no tener nada de poético. Pero han de extrañarnos más á nosotros que, con palabras muertas, reducidos la lírica á algo discursivo y oratorio á elocuencia rimada.

Observa, además—añadi,—que una palabra no ha cobrado su esplendor y su pureza toda hasta que ha pasado por el ritmo y se ha visto ayuntada á otras en su cadencia. Es como el trigo, que no está limpio y pronto para ir á la muela hasta que no ha sido agurado aventándolo al aire de la era.

Ahora recuerdo—dijo mi amigo, interpolando un intermedio cómico—ahora recuerdo cierto chascarrillo yanqui, y es que dicen que cuando Adán estaba poniendo nombres á los animales, al acercarse el caballo, dijo Eva á su marido: esto que viene aquí se parece á un caballo; llamémosle, pues, caballo.

El chascarro no carece de gracia—le dije,—pero es el caso, que cuando Adán puso nombres á las bestias del campo y á las aves de los cielos, aun no había sido creada la mujer, según el Génesis. De donde se saca que el hombre necesitó hablar aun estando solo, hablar consigo, es decir, cantar, y que su acto de poner nombres á los seres fué un acto de pureza lírica, de perfecto desinterés. Se los puso para extasiarse con ellos. Solo que una vez que así los cantó y los puso nombres, sintió la necesidad de un semejante á quien comunicárselos, una vez que de la grosura de su entusiasmo brotó aquel himno de nomenclamiento sintió la necesidad de un auditorio, de un público, y así, agrega el texto, que Adán no halló ayuda que estuviese delante de él. Y á seguida de esto es cuando el relato bíblico nos cuenta la creación de la primera mujer, hinchándola de una costilla del primer hombre, y como si éste hubiese sentido más vivamente la necesidad de una compañera á raíz de haberse adueñado de los seres mediante los nombres. Sintió el hombre la necesidad de alguien con quien hablar, y Dios le hizo la mujer. Y apenas surge la mujer ante

el hombre, luego de decir éste lo de «esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne», lo primero que hace es darle nombre, diciendo: «Esta será llamada Varona, porque del Varón fué tomada». Y este nombre, en efecto, no ha prevalecido, sino que los más de los pueblos cultos tienen para la mujer nombre de otra raíz que el nombre del hombre, y como si fuesen dos especies.

Excepto el inglés, por lo menos—dijo mi amigo.

Y algún otro—añadi yo.

Y recogiendo las Hojas de Yerba de Walt Whitman, dejamos el esplendor de la ciudad cuando se derretía en el atardecer.

Miguel de UNAMUNO.

